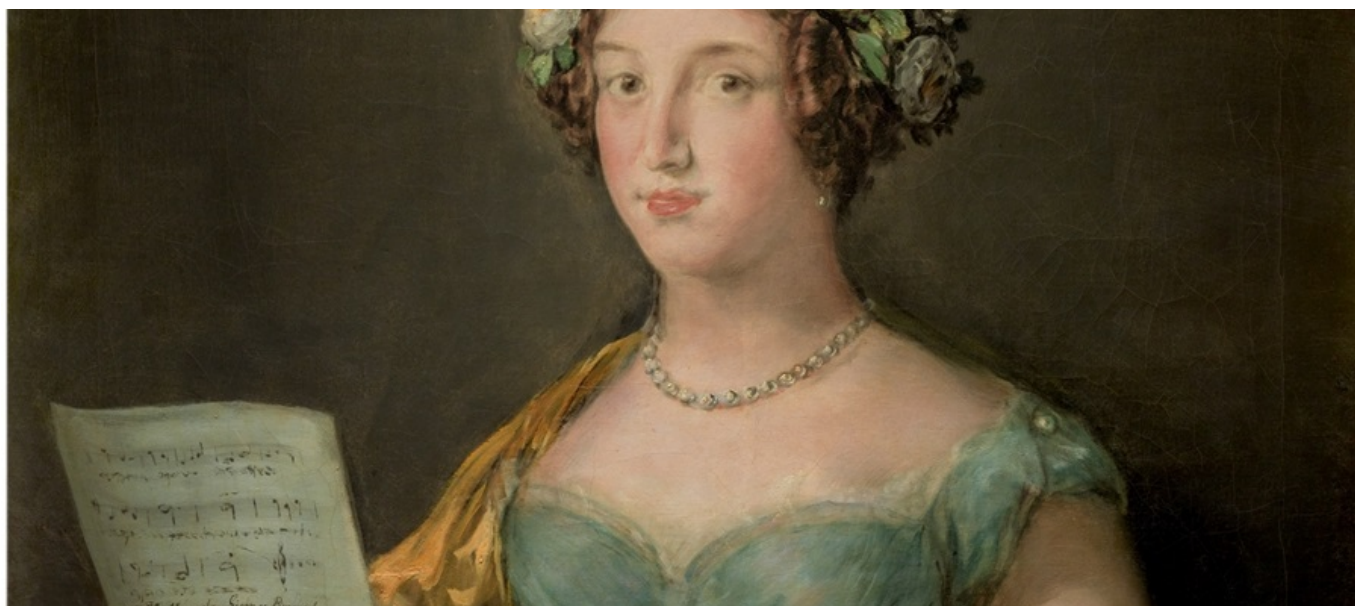




Más allá de la aristocracia

Posted on 21 de octubre de 2026 by José Manuel Romero

El libro *Heredar el mérito* anuncia ya desde el subtítulo los dos grandes conceptos que, en constante tensión, van a recorrer sus páginas: la aristocracia y el empeño dinástico.

En esta obra el autor, Rafael Atienza, marqués de Salvatierra, describe la aristocracia como la forma más visible y duradera en la que se ha manifestado una aspiración mucho más amplia: la voluntad humana de prolongar el mérito, el poder, la influencia y el prestigio más allá de la propia existencia.

Quizá el sentido del libro se encuentre, de manera casi circular, cerca de su final. Allí el autor escribe: «Hemos hablado a lo largo de este ensayo de riqueza, poder, influencia, rango, honores, fama y prestigio. Todo ello constituía antiguamente un conjunto en el que cada una de estas condiciones era necesaria para la obtención de las demás». La frase tiene algo de recapitulación y, al mismo tiempo, de clave interpretativa. Porque eso es, en buena medida, lo que hace el libro: reconstruir un mundo en el que, cuanto hoy tendemos a contemplar como categorías muy distantes, formaban parte de un mismo sistema de reconocimiento social.

Lo primero que sorprende de *Heredar el mérito* es precisamente su condición de ensayo. No estamos ante una historia convencional de la nobleza, ni ante una reconstrucción erudita de

instituciones desaparecidas. La historia está aquí, naturalmente, y está sostenida por una bibliografía extraordinariamente amplia; pero Rafael Atienza la utiliza como material para una reflexión más ambiciosa. Lo que le interesa no es solo saber qué fue la aristocracia, sino comprender qué lugar ocupó en la sociedad y qué queda de ella cuando los principios y las estructuras sociales que la sostuvieron han dejado de desempeñar la función que tuvieron durante siglos.

Hay en esta mirada una convicción que puede resultar incómoda en el presente: la de que la aristocracia no fue un accidente marginal de la historia, sino uno de sus ejes organizadores. Lo que hoy puede parecer una afirmación extravagante, o incluso una herejía frente a determinadas concepciones igualitarias de la sociedad, Atienza lo sostiene con una combinación poco frecuente de conocimiento histórico y capacidad de análisis de esa institución como estructura conformadora de la sociedad durante mucho tiempo. Sabe descubrir que, desde el mundo grecolatino hasta la modernidad, la aristocracia aparece no solo como una clase privilegiada, sino como una estructura alrededor de la cual se articularon formas de poder, de prestigio, de servicio y de reconocimiento.

La tarea que se propone es determinar lo que significa ese componente esencial de la aristocracia, que es el fenómeno de la sucesión familiar. La cuestión a plantear es precisamente qué pudo o puede significar el subtítulo de la obra. El empeño dinástico no alude únicamente a la transmisión de títulos, bienes o posiciones. Plantea una cuestión mucho más profunda: ¿puede heredarse aquello que, en principio, solo puede ser fruto del esfuerzo individual? ¿Puede pasar de una generación a otra el mérito de quien se ha hecho a sí mismo? ¿Qué ocurre cuando una sociedad convierte en patrimonio familiar aquello que originalmente había sido una conquista personal?

A esas preguntas, la aristocracia les da una respuesta histórica. Durante siglos convirtió el mérito, el honor y el servicio en atributos susceptibles de transmitirse por la sangre. Pero ese empeño dinástico no pertenece exclusivamente a la nobleza. Es un impulso más extenso: el de quien, después de haber alcanzado una posición, una obra, una fortuna o un reconocimiento, desea que algo de todo ello continúe después de su muerte. No basta con haber triunfado, existe también el deseo de que ese triunfo permanezca.

De ahí esa expresión tan sugerente que atraviesa el planteamiento del libro: la voluntad de «reinar después de morir». La frase resume una aspiración que tiene algo de profundamente humano y, al mismo tiempo, profundamente aristocrático. El individuo quiere sobrevivirse a sí mismo a través de los descendientes, del apellido, de los bienes, de la reputación, de la obra o de la posición social. La herencia no es entonces solamente material, se heredan nombres, recuerdos, expectativas, valores y, sobre todo, una determinada imagen del lugar

que una familia cree ocupar en el mundo.

La Primera Guerra Mundial aparece en este relato como una frontera histórica. Marca el final de una época en la que la aristocracia había desempeñado un papel preponderante y el comienzo de otra en la que ese papel se desdibuja. Pero el final de la aristocracia como poder social dominante no significa la desaparición del empeño dinástico. Cambian las formas, cambian las instituciones y cambian los nombres, pero permanece el deseo de continuidad.

Quizá uno de los mayores aciertos de Atienza sea abordar todo ello sin solemnidad. Hay en el libro un sentido del humor y una ironía que resultan fundamentales para su lectura. No son adornos estilísticos, sino instrumentos intelectuales. Permiten al autor acercarse a cuestiones que, tratadas con excesiva gravedad, podrían resultar incómodas o incluso provocar un rechazo inmediato. La ironía introduce una distancia que obliga a pensar antes de juzgar. Y gracias a ella, algunos argumentos que podrían parecer una actitud defensiva de la nobleza terminan convirtiéndose en una reflexión crítica sobre el poder, el privilegio y las formas de legitimación social.

El prólogo proporciona, en este sentido, la clave de la obra. Contiene el núcleo del potente ensayo que es esta obra. Eso es que el empeño dinástico y la voluntad de continuidad de las élites nunca desaparecen; tampoco desaparece el discurso que advierte constantemente de la amenaza de alguna nueva aristocracia. Entre ambos extremos se mueve el libro: entre la persistencia de una vieja aspiración y la transformación de las formas en que esa aspiración se manifiesta.

Por eso *Heredar el mérito* no es solamente un libro sobre el pasado. Su verdadero interés comienza precisamente cuando la historia deja de ser historia y se convierte en pregunta sobre el presente. ¿Qué significa hoy la nobleza? ¿Qué queda de la aristocracia cuando sus atributos y funciones tradicionales han desaparecido? ¿Qué nuevas élites han ocupado su lugar? Y, sobre todo, ¿hasta qué punto seguimos intentando convertir en herencia aquello que, en principio, debería depender del mérito?

Una obra que se cierra sobre sí misma

Hay en la construcción del ensayo algo que recuerda a una composición musical. Los temas aparecen inicialmente y después vuelven, una y otra vez, transformados por el análisis histórico y sociológico. No avanzamos en línea recta: el libro regresa sobre sus propias preguntas, las profundiza y las conecta hasta que, al final, aquello que parecía una serie de cuestiones independientes termina formando una estructura coherente.

La imagen de una elipse o de una circunferencia que se va cerrando resulta, por eso, especialmente apropiada. La introducción funciona como el trazado exterior de esa figura; los capítulos se adentran progresivamente en ella, estableciendo relaciones cada vez más precisas entre la historia de la aristocracia, sus instituciones, sus valores y la pervivencia contemporánea de algunos de sus rasgos.

Uno de los primeros motivos es la conocida fórmula *noblesse oblige*: la nobleza obliga. El libro plantea y analiza con toda detención lo que a lo largo de la historia ha podido significar esta expresión. Ha sido la justificación histórico-sociológica de la secular preeminencia de esa institución. En ella se condensa una concepción fundamental de la aristocracia. El privilegio no aparece, al menos en su formulación ideal, como un derecho sin contrapartida, sino como una posición que lleva consigo una responsabilidad de servicio. La pregunta decisiva es qué ocurre cuando permanece el privilegio y desaparece la obligación.

Mientras el privilegio está unido al servicio, la aristocracia puede encontrar una justificación y una aceptación sociológica. La nobleza posee una función y, en virtud de esa función, recibe reconocimiento, autoridad y determinados derechos. Pero cuando la función desaparece, el equilibrio comienza a romperse. El privilegio queda entonces desnudo, separado de aquello que lo legitimaba.

Esta transformación ayuda a entender la decadencia de la institución. La nobleza ha conservado durante mucho tiempo los títulos, las propiedades, los apellidos y las formas externas de distinción. Pero su incidencia social no puede sobrevivir formalmente mucho después de haber perdido su razón de ser histórica.

La violencia y el origen de la función nobiliaria

Otro tema del libro, sorprendentemente para una mentalidad actual, es la relación entre nobleza y violencia. La aristocracia aparece en sus orígenes ligada a la guerra, a la defensa de la población y a la protección del territorio. El poder se encuentra asociado a una función concreta: combatir y proteger.

No se trata simplemente de que los nobles fueran hombres de armas. La guerra constituye uno de los fundamentos de su posición social. El valor, la capacidad de mando y la disposición a asumir riesgos generan prestigio y contribuyen a legitimar su autoridad.

Con el paso del tiempo, esa relación entre nobleza y violencia se transforma. La guerra deja de ser el único escenario en el que se manifiestan el valor y el honor, y la violencia comienza a adquirir formas ritualizadas, codificadas y restringidas socialmente. El duelo constituye

quizá el ejemplo más llamativo de esa transformación.

La violencia ya no tiene como destino la guerra colectiva, porque se convierte en un enfrentamiento individual. No se combate por la defensa de un territorio, sino por algo tan intangible como el honor. Sin embargo, en ese desplazamiento permanece una antigua lógica oculta: la necesidad de demostrar públicamente el valor propio y de preservar un determinado reconocimiento social.

La nobleza como servicio

Es muy notable, como decía, la estructura musical del libro en el que los temas, como en una sonata, aparecen, se sustituyen, reaparecen bajo otra forma, se funden con otros. Pues bien, aparece de nuevo en el ensayo el tema del servicio. Lo que se afirma es que la violencia estaba vinculada al servicio y a la defensa del grupo al que se pertenece. En su formulación ideal, la nobleza no se justificaría por la sangre, ni por la simple posesión hereditaria de bienes, sino por la obligación de defender, gobernar, administrar justicia, proteger y asumir riesgos en nombre de otros. Todos esos elementos formaban parte de las responsabilidades asociadas a esa condición.

Aquí aparece anticipadamente la tesis moral más importante del libro: todo privilegio, cualquiera que este sea, necesita una razón. Por ello, mientras la nobleza significa servicio, el privilegio puede presentarse como la otra cara de una responsabilidad. Cuando deja de servir, el privilegio es una ventaja sin contrapartida. Y es precisamente entonces cuando aparece la crisis de legitimidad.

El problema de la herencia

Y volvemos así al título del libro. Porque el empeño dinástico atraviesa todos estos procesos. La nobleza aspira a transmitir mucho más que propiedades: quiere transmitir un nombre, un honor, una reputación y, sobre todo, la legitimidad de una posición. El problema es que la herencia quiere conservar las apariencias del mérito sin las condiciones que hicieron posible ese mérito.

Esta es una paradoja que hace especialmente fértil la reflexión de Atienza. El mérito, por definición, parece pertenecer al individuo que lo conquista. La herencia, en cambio, pertenece al ámbito de aquello que recibimos sin haberlo conquistado. Así aparece una tensión difícil de resolver: ¿puede heredarse el mérito?

La aristocracia histórica respondió afirmativamente. Pero esa respuesta plantea una

pregunta que no ha desaparecido con ella. Si hoy las sociedades ya no reconocen del mismo modo los privilegios nobiliarios hereditarios, ¿han desaparecido realmente las formas de transmisión dinástica? ¿O simplemente han cambiado de apariencia?

La pregunta resulta especialmente interesante porque obliga a ampliar la mirada más allá de los títulos nobiliarios. Se pretende heredar no solo el capital económico, sino también las relaciones, el prestigio, la educación, el apellido, la posición social o determinadas formas de influencia. El viejo principio de continuidad familiar quiere sobrevivir allí donde ya no existe una aristocracia reconocida como tal.

La nobleza encuentra su origen en la función de servicio: el servicio implica una obligación; y la obligación proporciona una justificación moral al privilegio. Cuando la cadena se rompe, cambia el significado de la institución.

Y es aquí donde la cuestión de la herencia adquiere todo su alcance. Porque transmitir una posición resulta mucho más sencillo que transmitir las cualidades que hicieron posible alcanzarla.

Una pregunta que llega hasta el presente

Hay una doble tesis en el libro. Una puede resumirse así: la nobleza nació vinculada al servicio, la defensa y la obligación, pero su decadencia comenzó cuando la herencia consiguió conservar los privilegios y las apariencias del mérito sin asegurar la continuidad de las funciones que los justificaban.

La ambición dinástica explica el deseo de prolongar el mérito a través de la familia; la violencia permite comprender el origen funcional de la aristocracia; el servicio proporciona la base de su legitimidad; la obligación establece el vínculo entre el privilegio y el deber; y la decadencia aparece cuando ese vínculo se rompe.

Pero el verdadero alcance del libro está quizá en que esta conclusión no se detiene en la nobleza.

Así aparece la segunda tesis: el empeño dinástico es constante. Hoy las élites no nobiliarias siguen buscando mecanismos para transmitir no solo riqueza, sino también influencia, prestigio y poder. Y si seguimos concediendo valor social a determinados nombres, linajes o posiciones heredadas, entonces la aristocracia puede haber desaparecido como institución dominante, sin que haya desaparecido del todo la lógica aristocrática.

En ese sentido, *Heredar el mérito* no mira únicamente hacia atrás. Mira también, y quizá

sobre todo, hacia nosotros. Nos obliga a preguntarnos hasta dónde estamos dispuestos a aceptar que una parte del lugar que ocupamos en la sociedad venga determinada por aquello que recibimos antes incluso de haber tenido la oportunidad de merecerlo.

Y así, casi sin darnos cuenta, el círculo vuelve a cerrarse: del mundo de la nobleza y de sus antiguos privilegios regresamos al presente, donde las formas han cambiado, pero algunas de las preguntas fundamentales permanecen.

José Manuel Romero Moreno es abogado y profesor universitario, de octavo conde de Fontao y décimo marqués de San Saturnino.

Autor: Rafael Atienza

Edición: Valencia, Pretextos, 2025

Páginas: 395 págs.

Portada: 73403

Título: Heredar el mérito: Las aristocracias y el empeño dinástico